

Lo malo es quedarse en *hecho*, en la obra consumada y acabada... y seguir viviendo. Vengámonos a la realidad y dejémonos de entelequias caprichosas; la literatura de nuestros días vive una circunstancia crítica, difícil, confusa; saber nadar en estas aguas encrespadas no es sobrenadar y malflotar aferrado a una tabla salvadora; mantenerse en tan fragoso piélago impone el ser ducho y avisado, no andar al paio, sino vitalmente alerta, ágilmente dinámico. Puede que se llegue a felices consecuencias, puede que se perezca en el intento. En cualquier caso, sólo el escritor activo y despierto tiene la palabra. Sólo el que arriesga y se juega el todo por el todo. Guelbenzu es de esos que no sobrenadan, de los que obstinadamente dan cabezadas y cabezadas, pero con tino y rigor. Por eso Guelbenzu es, a pesar de las limitaciones que se evidencian en su obra, un escritor para la polémica, un escritor producto de una época de inseguridad y confusio- nismo y en la que pretende arrojar luz o, al menos, denunciar la os- curidad.

OBJETO

¿Qué es *Antifaz*? *Antifaz* es un desenfadado ejercicio de creación literaria. Adviértase que no digo *novela*, porque, atendiendo al senti- do tradicional del término, no lo es. Pero, al propio tiempo, *Antifaz* puede ser muchas otras cosas: una denuncia, un testimonio, una re- flexión dolorida de una generación confundida, una risotada entre sarcástica y cruel ante ciertas y determinadas vivencias del hombre nuestro de todos los días, inmerso en una peculiar estructura histórico- social-política-económica-religiosa-intelectual-sexual-humana; una es- pecie de escozor que hay que echar fuera en seguida... Podríamos dar opiniones para todos los gustos, pero valgan éstas y vayamos con el relato propiamente dicho.

Los bloques que definen su estructura ya aportan una sensible orientación: visión crítico-retrospectiva de una historia condicionante de ciertas y determinadas situaciones. «Está escrita —la introducción— como si fuera un artículo o un reportaje, con un lenguaje sencillo y ritmo intenso y, por supuesto, al margen de todo planteamiento expe- rimentalista», confiesa el propio autor (4); y, tras ese «ejemplo», las dos historias de amor, que se enlazan, entrecruzan y mezclan, que aparecen y desaparecen a través de las doscientas cuatro páginas del libro. Mientras en la primera historia los tres personajes viven una

(4) EDUARDO G. RICO: «Guelbenzu: la lucidez, pasión destructora», *Triunfo*. Madrid, 19 de diciembre de 1970.

inquietante anécdota, subrayada por el lenguaje disparatado y cabalístico que se utiliza, en la otra, en la del adolescente José Grimal, que, a mi entender, contiene los logros más señalados del relato (y no precisamente en cuanto a que su lenguaje sea más fluido y ortodoxo), la anécdota fluye entre melancólica y añorada, entre recuerdos y evocaciones, con fluidez singular y con una vertebración más interesante (también su tono es menos libresco):

Con todo el sendero por delante, los dos apiñamientos de público más destacados comenzaron de nuevo a bailotear cortamente en vertical ante sus ojos, y de nuevo la ligera masa blancuzca que recubría a María del Mar contra la lluvia apareció también, enmascarada con cierta dilusión por el impermeable de Héctor y la línea oblicua de su paraguas hincado en el barro. Desde ahora sabía José que forzaría su marcha a la altura del primer apiñamiento para entrar en la hondonada pisándole los talones al primero y ya no dejándole irse hasta que él iniciase su despegue apenas entrados otra vez en el sendero, aproximadamente a la altura a que se encontraba ahora.

Podemos deducir inmediatamente que en Guelbenzu se dan cita dos facetas muy significativas para considerar a un escritor: su penetración en la Historia (el pasado cercano o lejano) y su eficaz ejercitarse en el montaje de la ficción que aquella historia va a condicionar. Por eso el relato actúa en planos diferentes y paralelos. Tanto con respecto a cada una de las historias por separado como dentro del discurrir conjunto de las dos. Por eso los binomios David-Florence y José-María del Mar (uno en su agotada pasión y otro en su naciente floración del ansia de vivir) se disparan casi inconscientemente hacia la frustración y el vacío.

David-el-observador camina empecinado en que sus pasos resuenen con la más absoluta ejecución percutiva dentro de su cerebro con el monótono engegamiento que el ser humano arroja cacahuets a los monos y ríe a carcajadas doblando el ritmo de sus envíos al otro lado de los barrotos, pensando a derecha e izquierda cómo el hombre es un tonto para el hombre y David-el-observador no escapa a la normatividad (¡el inventor cogido en su trampa!). ¿Quiere usted decir que no existen las luchas de clases? No digo que no, al menos mi actual situación parece confirmarlo precisamente por el hecho de que todavía no he tomado conciencia, pero animalmente lo intuyo, los pasivos también somos humanos.

No es, por tanto, casualidad que el libro acabe en esa especie de diálogo para besugos, en esa especie de acto desmitificador de un lenguaje que ha perdido ya todas las posibilidades significativas y valo-

rativas, que Guelbenzu titula, no sin cierta gracia, no sin cierta amargura, *Finibus?*

Pasándonos al nivel eminentemente técnico y estructural, el deseo de fabricar una obra abierta, «en la que el lector debe trabajar», carga de cierta heterogeneidad que dispersa en alguna medida el entramado medular, al tiempo que propone la solución no sólo más original, sino la más lograda de *Antifaz*: la multiplicidad de conclusiones a las que pueden llegar no sólo el autor, sino los propios personajes protagonistas. No son ajenas a Guelbenzu ciertas técnicas cinematográficas, como el *flack-back* o los planos superpuestos; no es ajena a Guelbenzu la capacidad sugeridora que las nuevas situaciones pueden provocar, y de hecho provocan, en el lector. Una obra de provocación, de incitación desde nuestra novelística cuando nuestro teatro no ha sido capaz de conseguirlo totalmente. Otra nota digna de mención en este apartado me parece que ha de ser la influencia de lo sensorial en la actividad de los personajes; contacto e incitaciones que producen las cosas y las situaciones en los protagonistas, a la vez que condicionan su comportamiento. Mientras el monólogo interior va a ser la técnica preferida, el diálogo, cuando aparece, lo hace de forma muy peculiar, sobrenadando el relato, como un eco que oímos, sin saber a ciencia cierta de dónde procede. El diálogo surge como agazapado en los pliegues de la narración, como una inutilidad más que, sin embargo, es preciso utilizar, como última esperanza:

Si alguna vez lograra tener uno o dos dineros los emplearía en estudiar por qué las paredes se decoloran y se empapan y toman un aire de caca de niño o de café con leche rancio

Si no gastases el dinero en una lata de petróleo tendríamos para curarte tu gripe y para pintar las paredes también

La gripe me hace bien, Florence, y además me la podré curar mejor con friegas de petróleo que con medicamentos asquerosos

Con petróleo puedes quemar a la dueña del piso y guardar un poco para ti y tomarlo antes de acostarte para dejarme una semana sola y feliz y pintando las paredes, ¿te parece?

Pues sí, la gripe es como una purificación interior, como unos ejercicios materiales y son muy necesarios, de modo que es absurdo beberse dos cucharadas de petróleo y fenecer.

El diálogo, como se ve, no puede ser más sugestivo, más coherente y lleno de una capacidad expresiva muy peculiar. El diálogo posee agilidad e interés notables, aunque aparezca, como hemos apuntado, muy pocas veces a lo largo del libro. Es más: el lenguaje se hace más rico si cabe y la tensión dramática del relato crece y se revaloriza.

Valga este interrogante, expectante e interesado, como colofón a esta lectura de *Antifaz*. Valga este pensar en que todo no acaba con la novela. Nos interesa ya ese *Florido mayo* que Guelbenzu prepara, que está a punto casi de salir a la luz. Y nos interesa porque, como decíamos al principio, nuestro escritor sabe estar bien despierto ante la labor que se ha propuesto. Sabe estar bien despierto y no se deja arrastrar por fáciles o cómodas corrientes. Su trabajo, aun con las zonas oscuras que pueda mostrar, es positivo y desde luego digno de ser anotado dentro de nuestra joven narrativa. Su eficaz experimentalismo plantea una vez más la eterna cuestión del vitalismo y la frescura de nuestra literatura contemporánea. Porque lo que verdaderamente debe importar en este trabajo nuestro de cada día es el plantear cuestiones, llevar la inquietud, la discordia o la atención a donde priven el adocenamiento y la reiteración. Una inquietud, por supuesto, positiva, presidida por el esfuerzo y por un minucioso trabajo de investigación, el único que puede promover preguntas e interrogantes. Sólo así, viviendo nuestra literatura esas disyuntivas, puede encontrar los caminos oportunos y válidos que ahora no acierta a ver con claridad. Sería bueno que olvidásemos de una vez para siempre la inútil dicotomía de lo tradicionalmente reconocido y aceptado como válido y la vanguardia que se debate entre valentías, riesgos y dificultades. Hora es ya de que veamos el proceso literario como un todo que se influye recíprocamente y en el que es necesario actuar y trabajar.

La novela de Guelbenzu puede ser admitida o censurada o paternalistamente despachada con tibios golpecitos a la espalda (de hecho ya ha recibido todos estos tratamientos); pero lo que me parece indudable es que si por algo merece ser tomada en cuenta es por su representatividad y por su oportuna coherencia entre trabajo literario y conciencia del mismo. Más allá del simple juego lingüístico que alguna de sus partes deja entrever, más allá de su tono epatante e impertinente, *Antifaz* puede ser un ejemplo de inquietud dinámica, activa y actuante, que favorecerá nuestra mortecina creación narrativa. Su complejidad y sobre todo su concepción varia y abierta la llenan de posibles soluciones y aceptaciones y la cargan de honda validez. A los veintisiete años, el escritor José María Guelbenzu puede ser un firme puntal de esa difícil vanguardia de nuestra narrativa. Lo importante es que todo el esfuerzo desplegado, que se evidencia claramente en su obra, no quede en eso, sino que además siga manteniendo posiciones. Que no se deje llevar ni de la extrema petulancia ni del desaliento